II Trimestre de 2008
Libro Complementario

La gloria de Jesús
Todavía toca los corazones

Roy Adams

Capítulo 10

La muerte de Jesús

Raymond Brown, considerado como un campeón de peso completo en todo lo referente al significado de la muerte de Jesús, y autor de una obra de 1.608 páginas, en dos tomos, hace una declaración sorprendentemente simplista acerca de la actitud de Jesús hacia su propia muerte: "Lo que los lectores con frecuencia no notan", dice Brown, en referencia a la agonía de Jesús en el Getsemaní, "es que Jesús le pide a Dios que lo libre del mismo destino que los discípulos rehusaron compartir, y por el cual él mismo los reprendió fuertemente". [1]

Es una tergiversación gravemente desafortunada de lo que ocurrió. ¿Cómo puede alguien que ha dedicado tanto tiempo al estudio de los Evangelios llegar a la conclusión de que hubo un momento cuando, con respecto a la muerte, Jesús y sus discípulos compartieron "el mismo destino"? Es una gigantesca incomprensión de quién era Jesús y cuál era el significado de su muerte.

Aquel viernes por la tarde, mientras Jesús agonizaba, colgado de una cruz romana, el mundo entero lo abandonó, y hasta Dios mismo pareció abandonarlo. "*Eli, Eli, ¿lama sabactani?* Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46). Experimentó el sentimiento de la más completa vergüenza y el más absoluto abandono, una pasión que un millón de Mel Gibsons jamás podrían recrear. De hecho, enfatizar la sangre y el dolor es casi perder de vista lo más importante del sufrimiento del Salvador; porque la historia nos presenta un catálogo completo de individuos quienes, desde un punto de vista enteramente físico, sufrieron mucho más intensamente que Jesús. Pero ni uno solo, ni los seis mil millones de nosotros que caminamos hoy sobre la tierra, combinados, podríamos ni siquiera comenzar a igualar la intensidad del trauma psíquico y emocional que lo envolvió en aquella hora crítica.

---

[1] Citado en Kenneth L. Woodward, "The Death of Jesus", *Newsweek,* 4 de abril de 1994, p. 40.

La pieza central de la expiación

En teología, la muerte de Jesús se encuentra en el mismo centro de la expiación, tema que ha ocupado el pensamiento de todos los teólogos a través de los siglos, conduciendo a varias "teorías" en cuanto al significado de su muerte. No tratamos tales detalles aquí, [2] pero a fin de llegar a lo que sigue en estas reflexiones, llamo la atención a una declaración de Byron E. Shaffer, de la Iglesia Presbiteriana Rutgers de Nueva York, comentando el significado de la muerte de Jesús, y en reacción a la sensacional película, *La pasión de Cristo,* de Mel Gibson.

Según Shaffer, "la misión y el propósito de la vida y el ministerio de Jesús fueron, primero, constituirse en un modelo para la humanidad de la plenitud de la misericordia y el perdón que Dios ofrece a los pecadores; y, segundo, ser un modelo para nosotros de la perfección del amor de Dios y aquellos que aceptan el perdón están invitados, por la gracia de Dios, para llegar a amar así". "No es la muerte de Jesús la que puede salvarnos, sino su vida". [3]

Estos son, ciertamente, sentimientos piadosos; pero en el fondo sugieren que la muerte de Jesús, como tal, no logró nada con respecto a la salvación humana. Más bien, fue su vida la que fue importante. En última instancia, es la vieja teoría del "modelo" o ejemplo, de la expiación, preconizada por Pedro Abelardo en la Edad Media. Como Biema lo resumió para los lectores de la revista *Time,* "Abelardo comprendió la muerte de Jesús, menos como un pago a Dios por la remisión del pecado de la humanidad, que como el ejemplo cumbre de su perfecto amor. Era en imitación de este amor que la humanidad podía vencer su alienación del Padre". [4]

Muchos han notado una relación entre las diversas explicaciones de la expiación y el particular marco cultural que les dio prominencia. Sin pretender hilar demasiado fino, podemos decir que, como regla general, las teorías del "modelo" surgen de culturas más afluentes; entre gente de bien, económicamente independiente, quienes nunca tuvieron que luchar mucho para ganarse la vida. Ajenos a las condiciones de pobreza extrema, y con mucha confianza en sus propias habilidades, transfieren inconscientemente estas actitudes a la dimensión espiritual, encontrando fácil imaginar (en medio de su propia suficiencia) que todo lo que necesitan es un buen ejemplo, y simplemente la ayuda mínima que necesitan para elevarse al requerido nivel de desarrollo espiritual.

---

[2] He escrito en otra parte acerca de este tema. Véase Roy Adams, *El Santuario* (Bogotá: Asociación Publicadora Interamericana, 1998), pp. 124-137.

[3] Citado en David Van Biema, "Why Did Jesús Die?", *Time,* 12 de abril de 2004 p. 59.

[4] *Ibíd. p.* 61.

Pero la Biblia tiene un punto de vista de la condición humana completamente libre de componendas, y no toma en cuenta el grado de educación, la cultura, o la afluencia. Ningún ser humano es justo, dice Pablo, en una amplia percepción del pecaminoso predicamento en el que nos encontramos. Todos nosotros "nos desviamos"; todos nos hicimos "inútiles"; nuestras gargantas son "sepulcro abierto"; nuestras lenguas hablan "engaños"; estamos llenos de "maldición y amargura"; y "no hay temor de Dios" en nosotros; el mundo entero no conoce el "temor de Dios" (Romanos 3: 9-19).

Para Pablo, la condición humana es crónica, *requiere mucho más que un buen ejemplo para arreglarla, para sanamos de nuevo:* concepto que va radicalmente contra la corriente en la cultura occidental desde el Siglo de las Luces. Completamente influidos (consciente o inconscientemente) por la posición evolucionista de Darwin, preferimos vernos *haciendo buenos progresos naturalmente.* ¡Y si Jesús viene para añadir algo de incentivo, mucho mejor!

La Biblia nos presenta un cuadro diferente

De acuerdo con la Escritura somos depravados, estamos desesperados, y completamente indefensos; tan desesperados e indefensos como aquel hombre del Estado norteamericano de Virginia de quien leí hace poco, que cayó en la letrina una hermosa tarde de verano.

De acuerdo con la historia, el conserje jubilado, Coollidge Winesset, de la zona rural del Estado de Virginia, volvió a su casa un agradable día de verano, y antes de sentarse en el porche fue al baño exterior que estaba en el patio de atrás. Pero el piso de la estructura, que ya tenía cincuenta años de uso, colapso, atrapándolo durante casi tres días en el fondo de la horrible fosa.

Suspendido por encima de la "inmundicia" por una especie de retén, con "su cuerpo retorcido e inmovilizado" y con los clavos de la estructura colapsada clavándose en su carne, Winesett experimentó el horror añadido de tener que luchar con gusanos, culebras, arañas, y ratas. Desesperado, oró: "Señor, por favor, no me dejes morir así".

"Grité hasta que se me acabó la voz", dijo, pero nadie escuchó. "Entonces, cuando ya había llegado al límite de sus fuerzas, escuchó las pisadas de Jimmy Jackson. El cartero Jackson, notando que la correspondencia de Winesett se estaba acumulando, fue al patio de atrás de la casa para investigar. Siguiendo la

pista de un débil sonido, encontró al hombre parcialmente paralizado "doblado sobre sí mismo y alucinando en la fosa", y pidió ayuda. [5]

A semejanza de Winesett, todos estamos hundiéndonos en una fosa abismal: paralizados, indefensos, y completamente incapaces de libramos por nuestra propia fuerza. En nuestra desesperada situación necesitábamos más que un buen ejemplo; necesitábamos, si gusta usted, ayuda tangible exterior a nosotros; y eso fue lo que la muerte de Jesús hizo por nosotros. Como Jackson, el cartero, Jesús nos encontró en nuestra necesidad extrema y, como aquel equipo de rescate, nos alcanzó en nuestra abyecta necesidad y nos levantó del fondo de la maloliente fosa.

Se requirieron poderosas acciones para rescatarnos, dice Pablo. Requirió "redención", "redención que se produjo a través de Jesús". Y para nulificar toda idea de que Jesús no era más que un ejemplo moral, Pablo expresó esta significativa sentencia: "A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Romanos 3:24, 25).

Eso era lo que necesitábamos. Y eso fue lo que Caifás, en su torcida interpretación, reconoció, cuando dijo: "Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que *nos conviene que un hombre muera por el pueblo,* y no que toda la nación perezca". Luego sigue el inspirado comentario de Juan relacionado con las crípticas palabras del agitado líder religioso: "Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús habría de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban esparcidos" (Juan 11:49-52).

El episodio completo expone de la manera más explícita que la muerte de Jesús fue vicaria: *ofrecida en lugar de la nuestra.* Y la ironía aquí es que la afirmación vino de labios del dirigente religioso de más alto rango, quien se encontraba en oposición directa con el mensaje y la misión de Jesús. Cualquier otra cosa que el incidente enseñe, no hay aquí ninguna indicación de que la muerte de Jesús fue para proporcionarnos una demostración de su suprema obediencia a Dios. Todo lo que dice el pasaje es que Jesús murió por el pueblo: *en lugar del pueblo,* para que no tuviera que afrontar la muerte eterna.

Cómo lo enseña la Biblia

Hay un sentido en que en verdad somos salvos por la vida de Jesús: "Porque si siendo enemigos", dice Pablo, "fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su

---

[5] Graeme Zielinski, "God, Don't Let Me Die Like This," *Washington Post,* 18 de agosto de 2000, p. 1.

Hijo, mucho más, estando reconciliados, *seremos salvos por su vida"* (Romanos 5:10). Pero estoy seguro que Shaffer (y todos los demás que defienden el punto de vista de Abelardo) no se sentiría cómodo con la primera parte de ese mismo texto. Porque aquí Pablo no podría ser más claro: "Porque si siendo enemigos", dice, en la primera línea, *"fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo".*

Con esas palabras ante nosotros, es difícil mantener la idea de que la muerte de Jesús, como tal, no realizó nada. No, dice Pablo, fuimos "justificados en su sangre" (Romanos 5:9).

Lejos de ser una idea aislada, ese sentimiento permea prácticamente todas las Escrituras. Y que, si bien es importante aceptar la noción de Jesús como modelo o ejemplo, no podemos ignorar los pasajes que lo presentan como sustituto, y todavía permanecer fieles a todas las Escrituras. Aquí hay algunos ejemplos. Note, por favor, las palabras que están en cursiva:

"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5). *"El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y* resucitado para nuestra justificación" (Romanos 4:25). "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, *Cristo murió por nosotros"* (Romanos 5:8). "Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que *Cristo murió por nuestros pecados,* conforme a las Escrituras" (1 Corintios 15:3). "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, *hecho por nosotros maldición"* (Gálatas 3:13). "Quien murió por nosotros" (1 Tesalonicenses 5:10). "Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos" (Hebreos 9:28). "Quien llevó *él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero,* para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados" (1 Pedro 2:24). "Estos son los que han salido de la gran tribulación; y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero" (Apocalipsis 7:14).

Por más que nos esforcemos, no podemos ofrecer una explicación racional para esta trascendente transacción. Porque en realidad no hay ninguna. No hay razones lógicas para la cruz. Y nos extraviamos cuando permitimos que nuestra lógica científica niegue la clara afirmación de la Escritura. El mensaje de la expiación que hallamos en las Escrituras es único en el universo. No hay nada con lo cual podamos comparar su tamaño. La Escritura es nuestra única fuente. Y lo que encontramos es que, lejos de ser un espectáculo intrascendente, la muerte de Jesús se encuentra en el corazón mismo de la transacción.

Además, somos inducidos a pensar que, incluso la misma forma como murió tiene significado: no hay otra forma de comprender la declaración que se encuentra en Hebreos 9: 22, que dice que "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" *(cf.* versículos 23-26). Es claro que el apóstol quiere que consideremos la muerte de Jesús a través del prisma del antiguo sistema de sacrificios, un sistema que señalaba a la clase de muerte que Jesús sufriría.

Esa transacción divina ha sido ridiculizada a través de los siglos, hasta hoy, incluso por los mismos cristianos. "Yo no creo que necesitemos una teoría de la expiación", dijo una participante en un congreso feminista nacional en 1995. "No creo que necesitemos gente colgando de horribles cruces, goteo de sangre y cosas por el estilo". [6]

Sin embargo, en realidad no tiene nada que ver con cosas que *pensamos* que necesitamos, sino con las que Dios sabe que necesitamos. La provisión se ha hecho, y todos tienen la libertad para aceptarla o rechazarla. Pero consultar nuestra propia sabiduría y nuestros prejuicios culturales, parece ser una forma inapropiada (incluso peligrosa) de proceder.

Nacido para morir

Como seres humanos, nos hemos acostumbrado a la muerte. Todos morimos. Es nuestra suerte. Pero ninguno de nosotros nació para morir. Al contrario, ¡nacimos para vivir! Y consideramos trágico cuando alguien muere "antes de tiempo", como decimos, cortado en la flor de la vida.

Jesús fue diferente. Él nació para morir. Se ofreció voluntariamente para venir en carne humana precisamente para poder morir por nosotros. Cuando se dirigía hacia Jerusalén por última vez, comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día" (Mateo 16:21; *cf.* Marcos 8:31). La palabra griega *dei* (que aquí se traduce como "era necesario" es un término fuerte que se usa para expresar *necesidad ineludible.* Aquí, dice el comentarista bíblico R. C. H. Lenski, señala a algo que Dios se proponía para la misión del Salvador. "Estas cosas 'debían ocurrir'", y Jesús mismo quería que ocurrieran, "porque sin ellas no podría redimir al mundo". [7]

Por eso, Jesús ya no evita ir a Jerusalén, como lo había hecho en el pasado. Al contrario, se dirige hacia allá a propósito. Vemos la "obligatoriedad" de ese viaje final,

---

[6] "Why Did Jesús Die?", *Time,* 12 de abril de 2004, p. 59.

[7] Lenski, *The Interpretarían of St. Matthew's Gospel,* p. 634.

en palabras de Lucas. "Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén" (Lucas 9:51). Vemos aquí una determinación, como si fuera un destino. Los eventos deben alcanzar su clímax: era la razón por la cual había venido. "Jerusalén habría de ser el lugar de su sacrificio". [8]

Pedro, en su gran sermón el día de Pentecostés, dijo que Jesús fue "entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios" (Hechos 2:23). La implicación es que el juicio y la muerte de Jesús, lejos de ser incidental, habían sido preordenados por Dios.

Pero la muerte de Jesús es tan misteriosa como su vida. Y, en esta conexión, su lucha en el Getsemaní es muy significativa. "Mi alma está muy triste, hasta la muerte", les dijo a Pedro, Santiago y Juan (Mateo 26:38). "Y estando en agonía", añade Lucas, "oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lucas 22:44).

¿Qué era lo que pesaba tanto sobre el Salvador durante esta hora de dolorosa agonía? Nunca comprenderemos lo que ocurrió aquella noche al pie de los olivos. Pero fue allí donde se rindió a la inescrutable voluntad de Dios. Y fue allí, antes de que recibiera el primer golpe de manos humanas, donde comenzó a morir. Dijo Elena G. de White, en una declaración rebosante de significado teológico: "Habiendo hecho la decisión, cayó moribundo al suelo del que se había levantado parcialmente". [9] Y esto significa que aunque más tarde fue muerto por manos romanas, el golpe fatal lo había herido horas antes, asestado por una mano gigantesca y corporativa. Nuestro pecado colectivo lo había herido de muerte. El beber aquella horrenda copa señala a una realidad que está más allá de los clavos o los golpes humanos: a algo de dimensiones cósmicas, algo místico, algo trascendente a los acontecimientos ordinarios del espacio y el tiempo.

Él nació para morir, y lo sabía. Pero no iba a ser un secreto que ocurriera en su cama, o en alguna colina solitaria. "A diferencia de otras grandes figuras religiosas, como la de Buda", dijo alguien, "la forma como Jesús murió importa grandemente a los cristianos. El cristianismo sería una religión muy diferente si Jesús hubiera muerto de un fatal ataque cardiaco junto al Mar de Galilea". [10] No, su muerte había de ser abierta ante el mundo, una declaración pública ante todo el universo. "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto", le dijo Jesús a Nicodemo, "así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado" (Juan 3:14).

---

8 *Ibíd.,* pp. 634, 635.

9 Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes,* p. 642.

10 Kenneth L. Woodward, "The Death of Jesus", *Newsweek,* 4 de abril de 1994, p. 39.

Lo que logró con su muerte

1. Restauración

Los escritores del Nuevo Testamento usan una gran variedad de metáforas, imágenes y figuras en sus intentos por expresar la obra salvífica de Dios en Cristo. Hablan de *sacrificio, ofrenda, sustituto:* Cristo "nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda *[prosphoran]* y sacrificio *[thusian]* a Dios en olor suave", dice Pablo en Efesios 5: 2. "Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado" (Hebreos 9:26; 10:14).

La idea en estos pasajes es que su muerte fue vicaria, sustitutiva (y hemos mencionado ya muchos de los pasajes más importantes arriba en este capítulo bajo el encabezado "Cómo lo enseña la Biblia"). Otros conceptos sugieren que a través de la muerte de Jesús nuestros pecados fueron cubiertos, o borrados (Hebreos 2:17).

Quizá la metáfora más alentadora de todas es la que se presenta en la palabra *katallage,* reconciliación. La idea que sugiere es que la raza humana entera quedó separada de Dios por causa del pecado y cada uno se convirtió en enemigo del reino de Dios. A través de la muerte de Cristo se ha restaurado la armonía *entre Dios y nosotros.* Se ha realizado la *expiación.* Y el punto más importante que se debe notar aquí es que fue Dios quien tomó la iniciativa (Romanos 5:8-11). "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:19).

2. Seguridad eterna

Considerada en un sentido esencial, la muerte de Cristo obtuvo la seguridad eterna del universo (ese es, precisamente el tema del Apocalipsis). Y en la siguiente declaración, Elena G. de White reafima eso precisamente:

"El significado de la muerte de Cristo será visto por los santos y los ángeles. Los hombres caídos no pueden tener un hogar en el paraíso de Dios sin el Cordero inmolado desde el principio del mundo [...]. Los ángeles le tributan honor y gloria a Cristo, porque ni siquiera ellos están seguros, a menos que contemplen los sufrimientos del Hijo de Dios. Es a través de la eficacia de la cruz que los ángeles del cielo son guardados de la apostasía. Sin la cruz, no estarían más seguros contra el mal de lo que estaban los ángeles antes de la caída de Satanás [...]. Todos aquellos que anhelan hallar seguridad, en el cielo o en la tierra, deben mirar al Cordero de Dios. El plan de salvación, al poner de manifiesto la justicia y el amor de Dios, proporciona una eterna salvaguardia contra la defección en los mundos no caídos, así como entre aquellos que serán redimidos por la sangre del Cordero". [11]

---

[11] Elena G. de White, *Signs of the Times,* 30 de diciembre de 1889; *Comentario bíblico adventista,* t. 5, p. 1106.

3. Esperanza eterna

Golda Meier, Martin Luther King, Lyndon B. Johnson, Thurgood Marshall, Konrad Adenauer, Nikita Khruschev, Charles de Gaulle, Richard M. Nixon, Jacqueline Kennedy Onassis, Indira Gandhi. Si usted tiene más de treinta años, seguramente recordará una o más de estas personalidades mundiales en sus días de gloria. ¡Cuánto poder manejaron en sus días! ¡Con cuánta frecuencia aparecieron ante los reflectores de la televisión! ¡Cuando aparecían, la gente tomaba nota! ¡Cuando hablaban, la gente ponía atención!

Lo que tienen en común ahora es que todos están muertos. La muerte ha reclamado sus derechos a todos ellos. Esto nos recuerda la descripción de la vida que hace Shakespeare:

"Todos nuestros ayeres", dice, "han iluminado el camino que conduce al polvo de la muerte". [12]

La muerte. Hay algo obsceno acerca de ella. No es posible que hayamos sido creados para ser víctimas desdichadas de este cruel monstruo. Cristo se hizo como uno de nosotros "para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre" (Hebreos 2:14, 15). Jesús, por medio de su muerte, le rompió los colmillos a la muerte, y pronto vendrá el día cuando este cruel enemigo ya no existirá más (1 Corintios 15:26). A través del prisma de la cruz podemos mirar más allá del horizonte de este tenebroso lugar que ahora llamamos nuestro hogar, a un futuro donde brilla la esperanza.

---

[12] *Macbeth,* Acto V, escena 5.